

JOSE SANTOS CHOCANO Y SU SOMBRA POETICA

Como en el mito de Alceste los grandes inspiradores regresan de morir. Pervive su sombra hecha puramente de líneas, pero llena de sonancias y frescura de eternidad. Sucede así con nuestro José Santos Chocano. Acaba de concluir su vida en Santiago de Chile, víctima de una oscura enemistad, pero ya reingresa a la amplitud fulgurante de la gloria su sombra familiar. Su sombra poética. Para el hombre que la originó en medio de una existencia tormentosa y dionisiaca, somos ya la serena posteridad. Debemos serlo y con nobleza escindir su conducta—que a menudo provocó diferencias de moral y de política—de sus versos prodigiosos “acuñados en oro del Perú” y que como en los siglos de nuestra leyenda áurea han contribuido a que este nombre ruede admirablemente por el mundo. Y con justicia no sólo por su mérito intrínseco sino por su valor representativo. Tenía, al igual de todos los insignes escritores, caracteres universales y particulares. Pero los últimos eran innegablemente de aquí, peruanos y americanos, ya se consideren como excelencias o como estigma: verbosidad espléndida, deslumbramiento por lo exterior; imaginación inquieta y fecunda, reverberación y centelleo de los objetos; desmesura; fineza y gracia aún entre lo rudo y arrogante; lo que lo hace no únicamente un espíritu ilustre sino un peruano y un americano índice de nuestro estilo vital. El mismo se sintió un azogue colector del paisaje y un eco sonoro de la historia patria e iberoamericana. Por su verso coruscante desfilan el inca con su corte de sensual magnificencia; los conquistadores individualistas y fieros; la colonia versallesca y florida; Bolívar el Hombre-Sol; Bolognesi, el anciano de reminiscencia aquea.

José Santos Chocano nació en Lima, en 1876, de familia que procedía de Moquegua. Su vida fué una constante y agitada aventura en que prima la audacia, la intransigencia y la

despreocupación por las normas de la vulgar convivencia. Hizo su propio lema con las palabras: "o encuentro camino o me lo abro". Al frisar los veinte años, vibrando románticamente por la libertad, conspiró en versos candentes contra la tiranía de Cáceres, lo que le valió ser encarcelado en los aljibes de Casasmatas del Callao, hasta que lo liberó la revolución triunfante del 95. Desde entonces ejercitó activamente su profesión literaria, publicando varios libros de versos. En 1903 viajó a España, como secretario de una misión diplomática y se vinculó a los círculos intelectuales más destacados de Madrid, donde se reconoció su alto valor literario. Rubén Darío escribió el "Preludio" de "Alma América" que comienza de aquella manera consagratoria:

Hay un tropel de potros sobre la pampa inmensa...
¿Es Pan que se incorpora? No: es un hombre que piensa.
Y es un hombre que tiene una lira en la mano:
él viene del Azul, del Sol, del Océano.
Trae encendida en vida su palabra potente;
y concreta el decir de todo un continente...

En España estrenó su drama en verso "Los Conquistadores" en que se trazan los sucesos que siguieron a la catástrofe imperial y especialmente la misteriosa muerte de Toparpa. Fué también diplomático en Colombia y Cónsul en Centro América. Participó en la revolución agraria mexicana y llegó a ser su verbo. Por mucho tiempo vivió en Guatemala, sirviendo en el consejo de Estrada Cabrera, acusado de usurpación tiránica. A la caída de éste, estuvo a punto de ser fusilado, pero lo salvaron las más grandes figuras mundiales, reyes, presidentes, novelistas, poetas, que intervinieron a su favor. Volvió luego al Perú (1921) y fué recibido triunfalmente, ofreciéndosele, en ceremonia brillante, una corona de laurel. A raíz de una agria discusión periodística, tuvo la desgracia de encontrarse personalmente con su contrincante, de contender y de matarlo. Fué por ello condenado. Cumplió buena parte de su prisión hasta que el Congreso lo indultó. Poco después (1929)

se estableció en Chile, siempre entregado a sus labores de escritor, en donde acaba de sorprenderlo la muerte. "Su historia, dice Ventura García Calderón, es una novela apasionada y extravagante como sus versos," y así ha sido, realmente, hasta su dramática conclusión.

La obra poética de Chocano está contenida en numerosos volúmenes, pero la bibliografía se aligera si tomamos en cuenta que al publicar "**Alma América**" en 1906 anotó: "Téngase por no escritos cuantos libros de poesías aparecieron antes con mi nombre". En "**Fiat Lux**", publicado después, salva sin embargo, algunos de estos poemas con criterio antológico, olvidando para siempre sus obras de juventud "**Azahares**", "**En la Aldea**", "**Tras Santas**". Con motivo del Centenario de la batalla de Ayacucho (1924), elaboró parte de una gran epopeya cosmogónica destinada a cantar la emancipación americana en torno a la figura llameante de Bolívar. Su muerte ha sido precedida un mes o dos por la impresión de "**Primicias de Oro de Indias**". "**Oro de Indias**", del que sólo tenemos un anticipo, especie de catálogo lírico, constituye la obra póstuma del poeta y es una vasta colección de "Poemas Neo-Mundiales" dividida en nueve partes: cada una de ellas, según la advertencia del autor, constituye por separado un libro en el que todos los poemas forman un conjunto armonioso y son "Tierras Mágicas" (Poemas Panteístas); "Las Mil y Una Noches de América" (Poemas Maravillosos); "Alma de Virrey" (Poemas Galantes); "Corazón Aventurero" (Poemas Vitales); "Pompas Solares" (Poemas Orficos); "Sangre Incaica" (Poemas Patéticos); "Fantasía Errante" (Poemas Múltiples); "Estampas Neoyorkinas y Madrileñas"; "Nocturnos Intensos". Un segundo tomo de "Primicias" se anuncia para en breve.

La poesía de Chocano pertenece al modernismo, la escuela americana que originó el arte de Rubén Darío. Es un cantor épico y lírico, aunque su acento más definido es el épico. Como épico ha intentado una misión de profeta: ser el portavoz de un continente y de una raza:

Mis versos cubren siglos como si fuesen moles,
recortan nuevas cumbres y apagan nuevos soles;
porque así son los incas y así, los españoles,
el Ande, el Amazonas, la Pampa, abismos, sierras,
pamperos y temblores, catástrofes y guerras:
así han de ser mis versos porque así son mis tierras.
Pienso en España siempre que el canto rompe el vuelo
como espiral sonora que envuelve todo el cielo:
el cóndor es mi padre, pero el león es mi abuelo.
Tal es como por entre mis bárbaras canciones,
pasan veinte naciones con veinte pabellones...

El Poeta de América fué el nombre que pronto se le dió con el respaldo de la más alta crítica. Con respecto a los EE. UU. Walt Withman había tenido una misión parecida. "Walt Withman tiene el norte; pero yo tengo el sur". América hispana es el objeto de su entusiasmo civil. Quiere exaltarle en todas las manifestaciones de su geografía, de su historia natural y de su leyenda humana. Es la síntesis resplandeciente de cuanto se ha escrito o se ha soñado sobre esta porción del mundo ubérrima y solar. El paisaje americano nos lo ofrece como un espectáculo de grandeza deslumbrante, de fuerza virginal, contenida y en espera de siglos que le den fecundación. La raza, el agonista que se despereza en aquel estupendo cosmograma, no está concebido con prejuicios excluyentes: el indio, el español, el mestizo, todo hombre que asomó en el horizonte generoso, luchó contra la tierra y terminó por morir conjugado con ella. El mismo se siente, por el milagro de su memoria alucinada, un sujeto múltiple que fué siempre americano y se reencarnó sin oposiciones en las razas más dispares:

¡Cuántas veces he nacido! ¡Cuántas veces me he encarnado!
Soy de América dos veces y dos veces español.
Si poeta soy ahora fuí virrey en el pasado,
capitán por las conquistas y monarca por el sol.
Fuí Yupanqui. Nuestros Andes nos brindaban con su nieve,
los cóndores con sus plumas, las alpacas con su piel.

Viví siempre como el rayo, deslumbrante, pero breve,
con tu imagen estampada sobre el cuero del broquel...

Después de una etapa de admiración unánime se ha discutido si esta América que nos brinda Chocano es exacta o si es obra artificiosa de escenografía, si interpreta fielmente el espíritu continental o nos da esencias químicamente elaboradas. No cabe, en mi opinión, exigirle puntualidad tan difícil. Aunque parcialmente haya descrito la naturaleza y su sensibilidad le haya dado estas o aquellas deformaciones estéticas, a un poeta no se le puede exigir el realismo de un geógrafo. El alma americana, por otra parte, es algo todavía ilegible y silente, en formación recóndita, para que pueda interpretarse completa y nítida en un mensaje lírico. El mérito de Chocano está principalmente en habernos guiado la mirada con su inspiración relampagueante. En enseñarnos lo nuestro. Una sola voz no puede recoger la emoción milenaria de toda una cultura pasada y por llegar. Y como dice George W. Umphrey, mientras otro poeta no produzca un libro de poesías que lo sobrepase en poéticas cualidades y en americanismo, Chocano seguirá siendo llamado el Poeta de América.

Su modo de mirar la realidad es a la manera de un pintor impresionista. Los objetos son amplificadas, mezclan sus contornos vaporosos con la atmósfera y tiemblan como si se revertieran en un espejo de aguas tumultuosas. No visionan sus ojos sino su fantasía frenética que evoca la del salvaje por su fuerza, su creacionismo y su ingenuidad directa e inmediata. De Goethe ha tomado la definición de poesía "como el arte de pensar en imágenes" y cada estrofa suya está ciertamente pleórica de ellos como una cornucopia antigua. Nada lo considera bien expresado sino por el instrumento esplendoroso de una metáfora, un símil, una hipérbole:

Desde un apiñamiento de amotinadas rocas
que en la ribera angustian sus moles relucientes
y pasadas en algo como un tropel de focas,
entre los varillajes profusos y crujientes

de un palmar que sacude cien caballeras locas,
contemplo, ebrio de luces, la tela que, clavada
contra un bastidor recio, se aparece a mi vista,
estremecida bajo la última pincelada
con que en el caballete la ha dejado el artista.
Es un mar azotado por el sol. Reverbera
lentejueando hasta la arenosa ribera...

La aptitud épica de Chocano no le impide delicadeza y finura para la lírica. La misma naturaleza americana, que es la obligación mayor de su epicismo, le ha dado motivo a cantos amables, de emoción subjetiva y suave entonación como "la Caoba", "El Maíz", "Las Orquídeas", "Sensación de Olor", "El Sueño del Carey", "Las Vicuñas", "Café, Tabaco y Caña" o como aquella admirable "Magnolia", joya brillante de sus sonetos en los que es maestro singular:

En el bosque, de aromas y de músicas lleno,
la magnolia florece delicada y ligera,
cual vellón que en las zarzas enredado estuviera
o cual copo de espuma sobre lago sereno.
Es un ánfora digna de un artífice heleno,
un marmóreo prodigio de la Clásica Era;
y destaca su fina redondez a manera
de una dama que luce descotado su seno.
No se sabe si es perla, ni se sabe si es llanto.
Hay entre ella y la luna cierta historia de encanto,
en la que una paloma pierde acaso la vida;
porque es pura y es blanca y es graciosa y es leve,
como un rayo de luna que se cuaja en la nieve
o como una paloma que se queda dormida...

El olvido completo de su bronca entonación, madrigaliza, exquisitamente alusivo, describe pompas cortesanas o fija sentimientos de ternura y nostalgia. En el arte caben todas las escuelas como en el rayo de sol todos los colores, nos explica, con palabras que ha elevado a la categoría de un lema.

En la forma Chocano ha cultivado un verso claro y rotundo que dice lo que se propone con una máxima eficacia oratoria. Elocuencia que a veces llega al linde de la locuacidad, del palabreo altisonante, sin dureza de ideas, pero que generalmente se mantiene en un equilibrio de música y conceptos. Verso arrogante y audaz como el penacho espiritual que lo dicta. De relieve escultural en correspondencia con el universo objetivo que trata de aprisionar. Bruído hasta hacernos acordar los metales preciosos que se trabajan con serenidad suma y suma paciencia.

José Jiménez Borja.
